

son pletóricas de variadas identidades históricas, idiomáticas y culturales, lo que también influye en los procedimientos integradores. Y muchas veces los criterios que más han influido han sido políticos, geográficos y, sobre todo, económicos. Téngase en cuenta que la estructura europea, africana e indígena de la población también tiene notoria razón de ser en lo que aquí se estudia.

El trabajo que ahora presentamos es un revulsivo para futuras investigaciones, pues además se adelantan suculentas propuestas por parte del autor que bien pudieran ser utilizadas por distintos gobiernos de la zona y organizaciones internacionales. Que no es poco, por cierto. Y que enlaza con la madurez global de este ensayo.

Fuertes Muñoz, Carlos, *Viviendo en dictadura. La evolución de las actitudes sociales hacia el franquismo*, Granada, Comares, 2017, 304 pp

Por Gloria Román Ruiz
(Universidad de Granada)

Viviendo en dictadura analiza la recepción entre la población de las distintas estrategias políticas y discursivas que puso en marcha el régimen franquista para ampliar sus cotas de consentimiento a lo largo de las décadas de los cincuenta, sesenta y setenta. Más concretamente, el libro estudia las grandes narrativas de la dictadura, caso de la cultura de la Victoria y los discursos de la Paz y del Progreso, así como algunas de sus políticas públicas. Para ello se centra, fundamentalmente, en la región valenciana, interesándose tanto por el ámbito urbano como por el rural. Su autor, Carlos Fuertes, realiza un impresionante despliegue empírico y muestra una gran habilidad en el manejo de las fuentes, que son muy numerosas y variadas. Entre ellas destacan sobremanera las orales, si bien adquieren también gran importancia las diplomáticas y las del Partido Comunista de España. La estructura resulta original, pues no es cronológica, sino temática. Y la ordenación interna dentro de cada uno de los epígrafes responde generalmente a los distintos tipos de fuentes manejadas: diplomáticas, orales, informes del PCE o cartas a La Pirenaica.

Entre las principales aportaciones del libro está la amplia cronología que adopta, que se extiende prácticamente a lo largo de toda la dictadura franquista y que es bien aprovechada por el autor para presentar las evoluciones, continuidades y discontinuidades, a lo largo del periodo. Además, cabe destacar el considerable esfuerzo

que realiza por explicar las percepciones ciudadanas, las recepciones “a ras de suelo” y, en definitiva, la dictadura realmente vivida. Pero quizá una de las mayores virtudes de la obra sea su capacidad para presentar un panorama actitudinal extraordinariamente complejo mediante la introducción de numerosos y sutiles matices. La conclusión a la que llega el trabajo es que el franquismo cosechó un éxito tan solo limitado a la hora de conseguir su propósito de ensanchar el grupo de los consentidores activos. Pero, sobre todo, de la lectura de *Viviendo en dictadura* se concluye que las actitudes de la población hacia el régimen de Franco fueron enormemente variopintas y complejas.

La *primera parte* del libro se centra en la recepción de los discursos legitimadores de la dictadura y en la positiva incidencia que tuvieron a la hora de ampliar el consentimiento –el autor prefiere esta categoría a la de “consenso”– y reducir la hostilidad hacia el régimen. El primer capítulo estudia la eficacia de la “cultura de la Victoria” de cara a granjear nuevos apoyos al franquismo. En este sentido, se defiende el papel central que tuvieron la guerra civil y la violencia en la consolidación de la dictadura en la inmediata posguerra. A la hora de fortalecer el apoyo a la Nueva España, no solo entre vencedores sino también entre muchas capas intermedias, habría influido también la violencia revolucionaria y, especialmente, la anticlerical. Por tanto, inicialmente la legitimidad de la dictadura habría estado basada en la memoria negativa de la II República, la traumática memoria de la guerra y el miedo a las “hordas marxistas”. Pero la “cultura de la Victoria” –cuyo éxito más allá de los vencedores no ha de ser exagerado, como recalca el autor– acabó por agotarse con el paso de los años, en buena parte debido al cambio generacional.

El capítulo dos ahonda en la pérdida de fuerza de la “cultura de la Victoria” y en la disipación del entusiasmo inicial. Desde finales de los cincuenta se habrían extendido las actitudes de compasión y solidaridad hacia los vencidos, incluso entre los sectores más conservadores. Ello se habría debido a factores como el alejamiento de la guerra, las transformaciones en el seno de la Iglesia o los temores a un cambio de régimen ante el envejecimiento del dictador y la creciente oposición. En el tercer capítulo se muestra cómo a partir de finales de los cincuenta y principios de los sesenta la dictadura sumó al discurso de la Victoria los del Progreso y la Paz. Sin embargo, la eficacia de estas narrativas más integradoras

para mejorar la imagen del régimen se vio limitada por el recuerdo de la gran represión de posguerra y por la persistencia de muchos de los elementos excluyentes propios de la “cultura de la Victoria”, incluso décadas después del final de la contienda. Estos factores limitantes habrían alimentado entre los vencidos una adaptación resignada a la dictadura, pero también actitudes disidentes.

El capítulo cuatro profundiza en los más inclusivos y exitosos discursos de la Paz y el Progreso y en su potencial para convencer a nuevos grupos sociales más allá de los vencedores. El autor concluye que estas narrativas contribuyeron a extender el conformismo (pasivo) y la aceptación de la dictadura incluso entre los sectores izquierdistas más desideologizados, aunque solo fuese como mal menor. A ello habría contribuido el relajamiento de la represión, los deseos de normalización tras la guerra, la aceptación internacional del régimen a partir de los cincuenta o la memoria traumática de la guerra civil por el temor a que pudiera volver a repetirse. No obstante, en este apartado también se reconocen algunos límites al discurso de la Paz.

En la *segunda parte* la obra analiza las políticas públicas del franquismo y su percepción por parte de los hombres y mujeres de a pie a fin de dilucidar su potencial como estrategia de legitimación. El quinto capítulo de *Viviendo en dictadura* se interroga acerca de la incidencia que tuvieron las mejoras económicas sobre la percepción que la población tenía de la dictadura. En la década de los cincuenta, cuando todavía podían apreciarse síntomas de miseria y cuando se hacían notar los iniciales efectos negativos del Plan de Estabilización de 1959, estas políticas tan solo lograron extender un consentimiento pasivo. Sin embargo, como muestra el capítulo 6, durante la década de los sesenta el régimen logró sacar mayor rédito al “desarrollismo”, que trajo una indudable mejora de las condiciones materiales de vida de la población. En estos años se habría continuado por la senda abierta en los cincuenta, que habría conducido a la ampliación del consentimiento y a la reducción de la hostilidad más allá del grupo de los inicialmente identificados con la dictadura. Sin embargo, como subraya Carlos Fuertes, estos no se tradujeron siempre en agradecimiento e identificación con el régimen y, además, fueron acompañados de críticas y protestas.

Como se explica en el siguiente capítulo, estas expresiones de rechazo fueron parcialmente limitadas por la puesta en marcha de políticas públicas como la construcción de viviendas o de infraestructuras hidráulicas, que fueron convenientemente publicitadas. El régimen habría logrado transmitir una imagen de preocupación por el bienestar ciudadano, especialmente entre los beneficiarios, pero también entre sectores más amplios entre los que se habría extendido un sentimiento de gratitud. Por último, el octavo capítulo del libro explora los límites de este discurso del Progreso a la hora de ampliar las actitudes de conformidad hacia la dictadura. El autor concluye que, si bien logró extender el consentimiento pasivo y reducir la hostilidad, no habría sido tan exitoso a la hora de incrementar la identificación activa con el régimen entre sectores intermedios e inicialmente desafectos, entre los que habría predominado la indiferencia. Y es que a menudo el “progreso” no fue achacado a la dictadura, sino al esfuerzo, o bien fue interpretado como natural o fruto de la coyuntura internacional. A ello habría que añadir que desde la década de los sesenta comenzó a extenderse una cultura de la protesta que no haría más que cobrar fuerza en los siguientes años.

En definitiva, el libro de Carlos Fuertes constituye una aportación fundamental al estudio de las heterogéneas, dinámicas y complejas actitudes sociopolíticas de la población que vivió bajo los regímenes dictatoriales que se impusieron en la Europa de principios del siglo XX. Por tanto, la obra se enmarca en la corriente historiográfica inaugurada en los años setenta por Renzo de Felice, quien estudió el caso del fascismo italiano y a cuyos trabajos siguieron otros como los de Philippe Burrin (1988), frecuentemente citado en el libro. También los historiadores del franquismo se sumaron a esta tendencia, como Ismael Saz (1998), autor de uno de los trabajos pioneros en este sentido.

Quizá la principal debilidad de *Viviendo en dictadura* sea la escasa atención que presta a las pequeñas acciones de resistencia cotidiana (en el sentido *scottiano*) que pusieron en marcha muchos hombres y mujeres que vivieron bajo la dictadura franquista, y que constituyen la otra cara de la moneda de las expresiones de conformidad en las que se centra la obra. Además, en ocasiones el lector tiende a perderse entre los diferentes capítulos y epígrafes, cuyos objetivos no siempre aparecen bien delimitados. También se incurre en algunas repeticiones cuya omisión

hubiera contribuido a simplificar y aligerar la lectura. Con todo, se trata de un trabajo imprescindible para comprender el funcionamiento de la dictadura franquista y para conocer qué fue capaz de ofrecer a los españoles para lograr perdurar casi cuatro décadas.

Iglesias Cavicchioli, Manuel, Aznar y los “necons”. El impacto del neoconservadurismo en la política exterior de España, Barcelona, Huygens Editorial, 2017, 136 pp.

Por Francisco de Paula Villatoro Sánchez
(Universidad de Cádiz)

Las relaciones internacionales han sido un ámbito estudiado de forma muy limitada en nuestro país en las últimas décadas por motivos vinculados al propio devenir histórico. Así, la posición de España a partir del siglo XIX como actor muy secundario en un contexto internacional dominado por potencias como Francia, Inglaterra y más recientemente Estados Unidos o Alemania, ha mermado la propia capacidad del Estado de actuación más allá de sus fronteras y de los propios investigadores que contaban con poco material de estudio y debían centrarse en la actuación de otros países.

En los últimos años, si bien España ha seguido manteniendo una posición bastante secundaria en el escenario internacional, el desarrollo de la globalización, con nuevas formas de acción internacional como puede ser la cooperación al desarrollo o el papel de actores no estrictamente estatales como pueden ser grandes empresas o administraciones regionales o supraestatales, ha despertado un nuevo interés por el análisis de una realidad internacional cambiante y compleja. El surgimiento de este nuevo escenario internacional a partir de la década de 1970 ha facilitado, igualmente, el desarrollo de este tipo de estudios desde ámbitos alejados de los grandes centros de poder al favorecer el acceso a fuentes y documentación hasta ahora vetada para muchos estudiosos.

En este sentido, resultan de destacar en nuestro país estudios recientes que combinan el análisis de las relaciones internacionales con un enfoque interdisciplinar donde juegan un papel fundamental disciplinas como la Historia, la Sociología, el Derecho o las Ciencias Políticas. En este marco se sitúa la obra a que nos referimos y que se centra en un período de la acción exterior española

muy concreto y diferenciado de nuestra historia como son los años 2002-2004.

Esto es, la política exterior española había venido desarrollando, al menos desde los años setenta y ochenta, lo que podemos denominar un realismo pragmático que se caracterizaba por su asunción de un papel secundario en el plano internacional que tenía como ejes principales una buena relación con los Estados Unidos a la par que un acercamiento o sometimiento a las posiciones europeas (principalmente francesas y alemanas) en materia de relaciones internacionales. Estos ejes principales se combinaban con ejes secundarios, de carácter histórico, de potenciación de buenas relaciones a nivel económico y político con el ámbito mediterráneo y sudamericano.

Este modelo de acción política permitiría, entre otros factores, la integración de España en la Unión Europea manteniendo unas buenas relaciones con Estados Unidos, heredadas como es bien sabido de la época franquista. En los primeros años 2000, sin duda, se produce lo que el autor denomina un “giro radical” de estas políticas en el contexto del nuevo orden internacional emanado del 11 de septiembre. Así, a nivel internacional, Estados Unidos recuperó y adaptó el relato de la Guerra Fría sustituyendo al peligro comunista por el terrorismo islamista y adoptó un papel activo en el ámbito internacional en el que se permitía la acción unilateral como defensora de los intereses estadounidenses y se preconizaba la promoción, o imposición llegado del caso, del régimen democrático y liberal occidental por el mundo como medio para frenar el islamismo más radical.

Según nos señala el autor, este modelo de acción exterior estuvo especialmente activo durante el mandato de G. W. Bush, aunque sería dejado de lado durante los gobiernos de Obama, y es lo que denomina como “neoconservadurismo” en el ámbito de las relaciones internacionales. Este modelo de acción exterior estuvo protagonizado esencialmente por Estados Unidos, pero contó de forma coyuntural con aliados como Reino Unido, Polonia, o la propia España, que llevados por motivos específicos secundaron de forma clara el papel de Estados Unidos como gendarme del mundo, al margen de organismos como la ONU y los principios básicos del Derecho Internacional.

En este contexto, el autor nos señala como este neoconservadurismo se encontraba muy limi-